

1

Momia de Hornedjitef

*Caja de momia de madera, procedente de Tebas
(cerca de Luxor), Egipto
Hacia el 240 a. C.*

La primera vez que crucé las puertas del Museo Británico, en 1954, a los ocho años de edad, empecé por las momias, y creo que todavía es por ahí por donde empieza la mayoría de la gente en su primera visita. Lo que me fascinó entonces fueron las propias momias, la emocionante y terrible idea de los cuerpos muertos. Hoy, cuando atravieso el Gran Atrio o subo la escalinata frontal, sigo viendo a grupos de niños emocionados dirigiéndose a las galerías egipcias para desafiar el terror y el misterio de las momias. Actualmente estoy mucho más interesado en las cajas que guardan las momias, y, aunque esta en concreto no sea en absoluto el objeto más antiguo del museo, parece un buen punto de partida desde el que iniciar esta historia a través de objetos. Nuestra historia cronológica comienza de hecho en el capítulo 2, con los objetos más antiguos que sabemos que fueron elaborados intencionadamente por humanos hace algo menos de dos millones de años, de manera que puede parecer algo retorcido empezar un poco más avanzada la historia. Pero comenzamos aquí porque las momias y sus cajas siguen siendo algunos de los objetos más potentes del museo y muestran algunas de las maneras en que esta historia planteará —y ocasionalmente responderá— diferentes tipos de preguntas sobre diversos objetos. He elegido esta caja de momia en concreto —fabricada hacia el año 240 a. C. para un sacerdote egipcio de alto rango llamado Hornedjitef, y una de las más impresionantes del museo— porque todavía sigue, de manera extraordinaria, proporcionando nueva información y transmitiéndonos mensajes a través del tiempo.

Si volvemos a un museo que habíamos visitado de niños, la mayoría de nosotros experimentaremos la sensación de que hemos cambiado mucho, mientras que las cosas expuestas han permanecido serenamente igual.

Pero no es cierto; gracias a la constante investigación y a las nuevas técnicas científicas, lo que sabemos sobre ellas se incrementa constantemente. La momia de Hornedjitef está alojada en un enorme ataúd exterior negro en forma de cuerpo humano, que alberga una caja interior minuciosamente decorada, que a su vez contiene la propia momia, cuidadosamente embalsamada y cubierta de amuletos y talismanes. Todo lo que sabemos de Hornedjitef lo sabemos gracias a este grupo de objetos. En cierto modo, él es su propio documento y el que sigue revelándonos sus secretos.

Hornedjitef llegó al museo en 1835, más o menos diez años después de que se excavara la momia. La escritura jeroglífica egipcia acababa de ser descifrada, de modo que el primer paso fue leer todas las inscripciones que había en sus ataúdes, que nos dijeron quién era, a qué se dedicaba y algo sobre sus creencias religiosas. Conocemos el nombre de Hornedjitef porque está escrito en su ataúd interior, junto con el dato de que fue sacerdote del templo de Amón en Karnak durante el reinado de Ptolomeo III, es decir, entre el 246 y el 222 a. C.

El ataúd interno tiene una fina cara dorada; el oro indica un estatus divino, ya que se decía que los dioses egipcios tenían la carne de oro. Bajo la cara se halla una imagen del dios Sol en forma de escarabajo alado, símbolo de la vida espontánea, flanqueado por babuinos adorando al Sol naciente. Como todos los egipcios, Hornedjitef creía que, si su cuerpo se conservaba, él sobreviviría a la muerte; pero, antes de llegar al más allá, habría de emprender un arriesgado viaje para el que tenía que prepararse con sumo cuidado. De modo que se llevó consigo fetiches y conjuros para cualquier posible contingencia. La parte inferior de la tapa del ataúd está decorada con inscripciones de conjuros, imágenes que representan a dioses, que actúan como protectores, y constelaciones de estrellas. Su posición en la tapa sugiere la idea del firmamento extendiéndose sobre él, convirtiendo así todo el interior del ataúd en un cosmos en miniatura; Hornedjitef había encargado su propio mapa estelar y su propia máquina del tiempo personales. Paradójicamente, su meticulosa preparación para el futuro nos permite hoy viajar en la dirección opuesta, regresar hasta él y su mundo. Y, aparte de las numerosas inscripciones, ahora podemos empezar a descifrar el propio objeto en sí mismo: la momia, su caja y los objetos que contiene.

Gracias a los avances en la investigación científica, hoy podemos saber mucho más sobre Hornedjitef de lo que era posible en 1835. Sobre





La momia envuelta en lino, parcialmente cubierta en su cartonaje.

todo en los últimos veinte años, ha habido enormes avances en las formas de obtener información de los objetos sin dañarlos al hacerlo. Las técnicas científicas nos permiten llenar muchas lagunas que las inscripciones no mencionan: los detalles de la vida cotidiana, la edad de la persona, qué tipo de alimento comía, su estado de salud, cómo murió y también cómo fue momificada. Así, por ejemplo, hasta hace poco nunca habíamos podido investigar dentro de las envolturas de lino de la momia, porque, si dichas envolturas se desenrollaran, se correría el riesgo de dañar tanto a estas como al cuerpo. Pero ahora, con las técnicas de tomografía que se utilizan con las personas vivas, podemos ver bajo la superficie del lino los objetos envueltos por el tejido y el cuerpo que hay debajo.

John Taylor, el director de nuestro Departamento del Antiguo Egipto y Sudán, ha estado investigando las momias del Museo Británico durante más de dos décadas, y en los últimos años ha llevado algunas de ellas a hospitales de Londres para realizarles escáneres especiales. Esos exámenes no invasivos y no destructivos han proporcionado importantes revelaciones:

Hoy podemos decir que Hornedjitef era un hombre de mediana edad o ya anciano cuando murió, y que fue momificado según los mejores métodos entonces disponibles. Sabemos que sus órganos internos le fueron extraídos, cuidadosamente embalados y luego colocados de nuevo en su interior; podemos ver que están ahí, muy adentro. Podemos ver que vertieron resinas —costosos aceites— en su cuerpo para conservarlo, y también podemos detectar amuletos, anillos, así como joyas y pequeños fétiches colocados sobre su cuerpo y bajo la envoltura, para protegerlo en su viaje al más allá. Desenvolver una momia es un proceso muy destructivo, y los amuletos, que son muy pequeños, pueden moverse de sitio; su colocación era absolutamente crucial para su función mágica, y escaneando la momia los vemos todos exactamente en su posición, en la misma relación mutua que tenían cuando fueron colocados allí hace miles de años, lo que representa una enorme ganancia de conocimiento. También podemos examinar los dientes con gran detalle, estableciendo su desgaste y las afecciones dentales que sufrían; podemos ver los huesos, y hemos observado que Hornedjitef tenía artritis en la espalda, que debía de resultarle muy dolorosa.

Los recientes avances científicos nos han permitido descubrir muchas más cosas aparte del dolor de espalda de Hornedjitef. La posibilidad de leer las palabras grabadas en el ataúd nos permite conocer su lugar en la sociedad y lo que dicha sociedad creía sobre la vida de ultratumba; pero gracias a las nuevas técnicas podemos analizar los materiales con los que se preparaban las momias y se fabricaban los ataúdes, lo cual nos ayuda a entender el modo en que Egipto estaba económicamente conectado con el mundo que lo rodeaba. Puede que para nosotros las momias representen la quintaesencia de la civilización egipcia, pero resulta que su elaboración requería mucho más que los meros recursos de Egipto.

Aislado y analizando los materiales utilizados en la momificación, podemos comparar su composición química con diversas sustancias halladas en diferentes partes del Mediterráneo oriental y empezar a reconstruir las redes comerciales que suministraban materiales a Egipto. Así, por ejemplo, algunas cajas de momia tienen la superficie recubierta de un betún negro y alquitranado cuyo origen ha sido posible rastrear mediante análisis químicos: el mar Muerto, a muchos centenares de kilómetros al norte, en una zona que normalmente no estuvo bajo un control egipcio directo. Por lo tanto, ese betún debió de haber sido comprado. Algunos ataúdes están hechos de costosa madera de cedro, adquirida en

grandes y gravosas cantidades en el Líbano; si aunamos el uso de esa lujosa madera a los títulos y la posición de las personas cuyos ataúdes están hechos de ella, empezaremos a hacernos una idea del trasfondo económico del antiguo Egipto. La calidad de la madera del ataúd, local o importada, cara o barata, así como la calidad de la carpintería, los accesorios y el nivel artístico de las pinturas que cubren los ataúdes, son un reflejo de la renta y la clase social. Situar a los individuos concretos como Hornedjitef en tales contextos más amplios, verlos no solo como supervivientes excepcionales de un pasado remoto, sino también como parte de una sociedad entera, nos ayuda a escribir historias del antiguo Egipto más completas de lo que era posible en el pasado.

La mayor parte del material que acompañaba a Hornedjitef en su ataúd tenía por finalidad guiarle en el gran viaje al más allá y ayudarle a superar todas las dificultades previsibles. Lo único que seguramente no predijo su mapa estelar fue que al final terminaría en Londres, en el Museo Británico. ¿Es así como debería ser? ¿Tienen que estar aquí Hornedjitef y sus pertenencias? Preguntas como esta surgen con frecuencia. ¿A qué lugar pertenecen hoy los objetos del pasado? ¿Dónde están mejor expuestos? ¿Debería exponerse todo allí donde fue inicialmente producido? Son preguntas importantes, y volveremos a ellas en varios puntos de este libro. Por mi parte, le pregunté a la escritora egipcia Ahdaf Sueif qué pensaba al ver tantas antigüedades egipcias tan lejos de casa, aquí en Londres:

En última instancia, probablemente no sea una mala cosa tener obeliscos, piedras y estatuas egipcias dispersos por todo el mundo. Nos recuerda los años del colonialismo, es verdad, pero también recuerda al mundo nuestro patrimonio común.

En el museo, la historia de Hornedjitef, como la de todos los demás objetos allí conservados, continúa. Sus viajes aún no han terminado, ni tampoco nuestra investigación, que llevan a cabo colegas de todo el mundo y que contribuye constantemente a nuestro conocimiento creciente y compartido del pasado global: de nuestro patrimonio común.

2

Canto tallado bifacial olduvayense

*Utensilio encontrado en la garganta
de Olduvai, Tanzania
1,8-2 millones de años de antigüedad*

Este canto tallado bifacial es uno de los objetos más antiguos elaborados conscientemente por los humanos, y sujetarlo entre las manos nos pone directamente en contacto con quienes lo hicieron. En nuestra historia del mundo contada a través de las cosas, este canto tallado de África —de la actual Tanzania— constituye el punto de arranque.

Si, tal como decíamos en la introducción, uno de los objetivos de cualquier museo es el de permitirnos viajar a través del tiempo, nuestro conocimiento acerca de cuánto tiempo hay que recorrer exactamente se ha ampliado de manera espectacular desde que el Museo Británico abriera sus puertas por primera vez en 1759. En aquel momento, la mayoría de sus visitantes probablemente habrían convenido en que el mundo había empezado en el año 4004 a. C., para ser más exactos el anochecer anterior al domingo 23 de octubre de dicho año. Aquella fecha asombrosamente exacta había sido calculada en 1650 por el arzobispo Ussher de Armagh, que predicó en Lincoln's Inn,* cerca del Museo Británico, y que rastreó minuciosamente la Biblia sumando el tiempo que vivió cada uno de los descendientes de Adán y Eva, y combinando luego sus cálculos con otros datos para llegar a la mencionada fecha. Pero en los dos últimos siglos, los arqueólogos, geólogos y conservadores de museos han ido haciendo retroceder constantemente la cronología de la historia humana desde los 6.000 años del arzobispo Ussher a la cifra casi inimaginable de dos millones de años. Así pues, si el comienzo del tiempo humano no fue en el Jardín del Edén, en el año 4004 a. C., ¿cuándo fue, y dónde?

* Una de las cuatro asociaciones colegiales de la abogacía británica. Las otras tres son Middle Temple, Inner Temple y Gray's Inn, todas con sede en Londres. (*N. del T.*)



Hubo muchas sugerencias, pero ninguna respuesta concluyente —y desde luego ninguna fecha fiable— hasta 1931, cuando un joven arqueólogo llamado Louis Leakey partió rumbo a África con una expedición patrocinada por el Museo Británico.

El objetivo de Leakey era la garganta de Olduvai, una profunda grieta en la llana extensión de la sabana del norte de Tanzania, no lejos de la frontera con Kenia. La garganta forma parte del Gran Valle del Rift de África oriental, una enorme desgarradura en la superficie de la Tierra de miles de kilómetros de longitud. Fue en Olduvai donde Leakey examinó los estratos rocosos que allí han quedado al descubierto, y que actúan como una serie de cápsulas del tiempo. Cuando Leakey estudiaba las rocas modeladas por el sol, el viento y la lluvia de la sabana, llegó a una capa donde había rocas que habían sido modeladas también por algo más: la mano del hombre. Se encontraron al lado de huesos, y era evidente que aquellas piedras habían sido transformadas en utensilios para quitar la carne y romper los huesos de los animales cazados en la sabana. Posteriormente, las evidencias geológicas establecieron más allá de toda duda que la capa donde se encontraron los utensilios tenía aproximadamente dos millones de años. Era auténtica dinamita arqueológica.

Las excavaciones de Leakey sacaron a la luz los objetos de fabricación humana más antiguos conocidos en todo el mundo hasta la fecha, y demostraron que no solo los seres humanos, sino también la cultura humana, se habían originado en África. Este canto tallado bifacial es uno de los que encontró Leakey. El gran naturalista y divulgador sir David Attenborough expresaba así parte del entusiasmo que Leakey debió de sentir:

Al sostener esto entre las manos, puedo sentir lo que era estar ahí fuera, en la sabana africana, con la necesidad de cortar carne, por ejemplo, de cortar un cadáver, para conseguir comida.

Al cogerlo, tu primera sensación es que resulta muy pesado, y, si es pesado, obviamente confiere potencia a tu golpe. La segunda es que cabe sin ningún problema en la palma de la mano, y en una posición tal que sobresale un afilado borde desde el dedo índice hasta la muñeca. De manera que ahora tengo en la mano un cuchillo afilado. Y, lo que es más, tiene también una protuberancia que me permite sujetar firmemente el borde, que ha sido especialmente tallado y está afilado ... con él podría perfectamente cortar carne de manera eficaz. Es esa sensación que tengo la que me vincula al hombre que de hecho la talló laboriosamente una, dos, tres,

cuatro, cinco veces por un lado, y tres veces por el otro ... en total ocho acciones concretas por su parte, golpeándolo con otra piedra para descascararlo, y para dejar esa línea casi recta que es su afilado borde.

Recientemente hemos creado un nuevo canto tallado bifacial empleando las mismas técnicas que se habrían utilizado en la garganta de Olduvai. Al sostener el nuevo objeto en la mano, resulta muy evidente lo bien que podría emplearse como utensilio para cortar carne de un cadáver. He intentado usarlo con un trozo de pollo asado. El canto bifacial es rápido y eficaz a la hora de separar la carne del hueso, y luego, con un solo golpe, puedo romper el hueso y sacar el tuétano. Pero también podría emplearse una herramienta como esta para arrancar la corteza de los árboles o para pelar raíces a fin de poder comérselas; es, de hecho, un utensilio de cocina muy versátil. Muchos animales, especialmente los monos, utilizan también objetos; pero lo que nos diferencia de ellos es que nosotros creamos los utensilios antes de necesitarlos y, una vez que los hemos utilizado, los guardamos para volver a usarlos. Este canto tallado de la garganta de Olduvai representa el origen de la caja de herramientas.

Probablemente los hombres primitivos que emplearon cantos tallados bifaciales como este no eran grandes cazadores, pero sí brillantes oportunistas: esperaban hasta que los leones, los leopardos u otros animales hubieran matado a su presa, y luego aparecían con sus cantos tallados y se hacían con la carne y el tuétano, obteniendo su ración de proteínas. La grasa del tuétano no parece que sea tremendamente apetitosa, pero, en cambio, resulta enormemente nutritiva; constituye un alimento no solo para la fortaleza física, sino también para un cerebro grande. El cerebro necesita una cantidad extraordinaria de energía. Aunque representa solo el 2 por ciento de nuestro peso corporal, consume el 20 por ciento de la energía total que entra en nuestro cuerpo y requiere una alimentación constante. Nuestros antepasados de hace casi dos millones de años se aseguraron su futuro dándole el alimento que necesitaba para crecer. Cuando otros depredadores más fuertes, más rápidos y más feroces habían matado a su presa y estaban descansando al abrigo del calor, los hombres primitivos podían ir a buscar el alimento. Empleando utensilios como este para obtener médula ósea, la parte más nutritiva de un cadáver, pusieron en marcha un antiguo «círculo virtuoso». Este alimento para el cuerpo y la mente supuso que los individuos

más ingeniosos, con un cerebro más grande, sobrevivieran para criar a niños también con un cerebro grande, capaces, a su vez, de fabricar utensilios cada vez más complejos. Usted y yo no somos más que el último producto de este constante proceso.

El cerebro humano siguió desarrollándose a lo largo de millones de años. Uno de los acontecimientos más importantes fue el hecho de que empezó a volverse asimétrico a medida que se enfrentaba a toda una serie de funciones diversas: la lógica, el lenguaje, el movimiento coordinado necesario para la fabricación de herramientas, la imaginación y el pensamiento creador. Los hemisferios izquierdo y derecho del cerebro humano se han adaptado para especializarse en diferentes habilidades y tareas, lo que lo diferencia por completo del cerebro del mono, que sigue siendo más pequeño a la vez que simétrico. Este canto tallado bifacial representa el momento en el que nos volvimos claramente más inteligentes, con un impulso que nos llevó no solo a fabricar cosas, sino también a imaginar cómo podríamos hacerlas «mejor». Como señala sir David Attenborough:

Este objeto constituye la base de un proceso que se ha vuelto casi obsesivo entre los seres humanos. Es algo creado a partir de una sustancia natural con un propósito determinado y de una manera determinada, con una idea en la mente de su artífice acerca de para qué lo necesitaba. ¿Es este objeto más complejo de lo que de hecho hacía falta para cumplir la función para la que lo utilizó? Creo que casi podemos decir que ciertamente lo es. ¿Realmente tenía que hacer uno, dos, tres, cuatro y cinco cortes en un lado, y tres en el otro? ¿Podría habérselas apañado con dos? Creo que sí podría haberlo hecho. Pienso que el hombre o la mujer que lo esgrimió lo hizo solo para aquella tarea concreta, y que quizá obtuvo cierta satisfacción por saber que iba a hacerlo de una forma muy eficaz, muy económica y muy pulcra. Con el tiempo, podría decirse que lo había hecho maravillosamente, pero puede que entonces todavía no. Era el punto de partida de un viaje.

Aquellos cortes adicionales en el borde del canto bifacial nos dicen que, ya desde un primer momento, nosotros, a diferencia de otros animales, hemos sentido el impulso de hacer las cosas más sofisticadas de lo necesario. Los objetos transmiten potentes mensajes sobre sus artífices, y el canto bifacial es el principio de una relación entre los humanos y los objetos que estos crean; una relación tanto de amor como de dependencia.

Desde el momento en que nuestros antepasados empezaron a fabricar herramientas como esta, la gente ha sido incapaz de sobrevivir sin las cosas que produce; en ese sentido, es fabricar objetos lo que nos hace humanos. Los descubrimientos de Leakey en las calurosas tierras del valle del Rift hicieron algo más que permitir a los humanos retroceder en el tiempo: dejaron claro que todos nosotros descendemos de aquellos antepasados africanos, que todos y cada uno de nosotros formamos parte de una enorme diáspora africana; todos llevamos a África en nuestro ADN, y toda nuestra cultura comenzó allí. Wangari Maathai, una ecologista keniana y premio Nobel de la Paz, evalúa las consecuencias de ello:

La información que tenemos nos dice que vinimos de algún lugar de África oriental. Dado que estamos tan acostumbrados a estar divididos en función de criterios étnicos, en función de criterios raciales, y que constantemente buscamos razones para ser diferentes unos de otros, debe de resultar sorprendente para algunos de nosotros comprender que lo que nos diferencia es normalmente muy superficial, como el color de nuestra piel, el color de nuestros ojos o la textura de nuestro pelo, pero que, esencialmente, todos procedemos del mismo tronco, tenemos el mismo origen. Así, creo que, en la medida en que sigamos entendiéndonos y apreciándonos mutuamente —sobre todo cuando llegamos a entender que todos tenemos el mismo origen—, nos liberaremos de muchos de los prejuicios que hemos abrigado en el pasado.

Escuchando las noticias de la radio o viéndolas en la televisión, es fácil percibir el mundo como un lugar dividido en tribus rivales y civilizaciones enfrentadas. De modo que es bueno —de hecho resulta esencial— que nos recuerden que la idea de nuestra humanidad común no es solo un sueño de la Ilustración, sino una realidad genética y cultural. Y eso es algo que veremos una y otra vez en este libro.